

Sus editores barceloneses, Vergés y Pardo, van a ser los primeros en conocer la decisión de regresar a Mallorca. En carta a Vergés del 23 de mayo le escribe: «A fines de junio me voy a Puerto Pollença, Mallorca, a trabajar». En otra misiva, ésta a Pardo, del 13 de junio, le informa: «El 17 salgo para Palma de Mallorca. Hotel Virginia. Calle Bellver. El Terreno. Desde el 27 –y todo julio, agosto y septiembre– estaré en Villa Clorinda». Se iniciaba así la vida mallorquina –vida larga, densa y fundamental para la cultura española del tercer cuarto del siglo XX– de CJC en Mallorca.

El cansancio de la vida intelectual madrileña ha dejado paso al sosiego y al trabajo del Puerto de Pollença, que es el prólogo de su definitiva instalación en la isla. CJC lo reconoció poco después del verano del 55:

«Mi descubrimiento del Puerto de Pollensa -del que nunca me alegraré bastante- fue, como todos los grandes descubrimientos, desde América hasta la penicilina, puramente casual. Y debido al celo de un paisano mío -gallego como yo y como yo amante de Mallorca y sus encantos- Antonio Trillo, secretario judicial de Inca. Él fue quien me puso en la pista del Puerto de Pollensa y a él, y me honro en declararlo, debo el haber hallado el requerido sosiego para mi trabajo. Hechos cantan: en Puerto de Pollensa, entre el verano pasado y éste he puesto punto final a tres libros: *La catira*, ya publicado, y *El Molino de viento* y *Viaje a las tierras de Segovia y Ávila*, que salen ahora camino de la imprenta. Aquí nacieron y aquí, si los hados me son propicios, pienso que otros han de nacer. Porque entiendo que uno vuelve siempre a los sitios donde estuvo –como el criminal al lugar del crimen– y porque en el Puerto de Pollensa me encontré a mí mismo, después de saberme perdido por esos cinco mundos de Dios o del diablo»<sup>10</sup>.

Quiero subrayar que Antonio Trillo, que falleció el 4 de septiembre de 1975, siendo a la sazón secretario del juzgado de Primera Instancia Número 1 de Orense, fue quien en los años sesenta le remitió el aguardiente gallego a Palma, y quien primero sabrá de una obsesión que se adueñó de CJC en los años finales de esa década: «Me anda por la cabeza comprarme un pazo bonito, no grande ni caro, para vincularme un poco más al país», le escribió el 4 de agosto de 1967. También quiero enmendar a Cela, pues *Viaje a las tierras de Logroño y Ávila* se con-

<sup>10</sup> Cf. Gabriel Ferret / Fernando González, *Cela en Mallorca, Mallorca, Consell Insular de Mallorca, 1989, p. 21.*

vertirá en el modificado subtítulo de *Judíos, moros y cristianos*, libro de viajes que Destino publicó en febrero de 1956. Dicho libro es un buen ejemplo de hasta dónde se había familiarizado Cela con la isla de Mallorca, pues el lema que lo abre es el fragmento de una carta de Juan Luis Estelrich y Perelló a Marcelino Menéndez Pelayo, que reza:

«Te aseguro que no saldré sin pena de esta Castilla la Vieja, lo mejor de España».

Cela abría una obra de vagabundaje con la autoridad mallorquina de Estelrich y Perelló, cuya epistolario con el polígrafo santanderino había leído seguramente en la publicación del año 1950 en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. Diré para los eruditos que la carta de Estelrich y Perelló que cita Cela es del 12 de marzo de 1903. Añadamos como corolario que en el prólogo de 1963 a *Judíos, moros y cristianos* se afirma rotundamente que «de no haberme venido a Mallorca -el rincón donde tanto orden voy metiendo en mi cabeza y en mis papeles y en el que, con tan agradecido sosiego y desdén hacia los respetos humanos, sigo trabajando, éste hubiera sido un libro que jamás se escribiese»<sup>11</sup>. Cinco años antes, 1958, en una larga entrevista que concedió a Marino Gómez Santos para redactar un tomito de la serie «Pequeña Historia de grandes personajes» le dijo: «Vine a pasar una semana, me encontré a gusto, y aquí llevo ya tres años y pico [...] En Mallorca tengo una paz para trabajar que en Madrid no encontraba»<sup>12</sup>.

## II

La primera residencia mallorquina –salvada la brevísima estancia del año anterior en la calle José Villalonga, «un primer piso, que dominaba parte de la bahía, próximo a la casa que había habitado Gertrude Stein»<sup>13</sup>– fue el chalé de la calle Bosque número 1, en el barrio de Son Armadans y con la mítica plaza Gomila a muy escasa distancia. Era el comienzo de otoño del 55. Una carta a don Vicente Risco, traductor al gallego del *Pascual* lo confirma (15-IX): «Hasta el 27 estaré aquí, en

<sup>11</sup> CJC, «Recuerdo en paz la tierra por la que anduve...» (1963), *Judíos, moros y cristianos*, OC, t. VI, p. 112.

<sup>12</sup> Marino Gómez Santos, Camilo José Cela, p. 47.

<sup>13</sup> Juan Bonet, «De las Conversaciones de Formentor», *El Día de Baleares* (18-IV-1986).

Puerto Pollensa. Desde esa fecha, le ofrezco su casa en Bosque, 1, Departamento D, Son Armandans, Palma de Mallorca, donde me refugiare a seguir con mi trabajo, huyendo del inútil y gastador Madrid». Juan Bonet Gelabert, quien según Blai Bonet (así lo escribió en un artículo para la revista barcelonesa *La Jirafa* en junio del 58) había cogido un tremendo berrinche porque Cela no le conoció cuando llegó a Mallorca, comentaba desde las columnas de *Baleares* (7-X-55): «En su casa de Son Armadans, en su tertulia de El Terreno, dividido y divertido entre sus amigos palmesanos, ya tenemos de nuevo a esta gran Cela, con un entusiasmo y una calidad humana ejemplares»<sup>14</sup>. Entusiasmo que no significaba romper la paz y el sosiego que había encontrado en Mallorca y entusiasmo que a la vez comportaría la génesis de la empresa más importante de las que el genial escritor alumbró en la isla: *Papeles de Son Armadans*.

No obstante, de entre las actividades celianas de los últimos meses del 55 debo recordar –y apelo para ello a una crónica de «Ocnos», pseudónimo que escondía a Guillermo Sureda– la primera edición en catalán de *La familia de Pascual Duarte*, aparecida en abril del 56, con traducción de Miquel Serra y prólogo de Llorenç Villalonga, en la imprenta Atlante de la ciudad de Mallorca. Guillermo Sureda escribía el 9 de octubre del 55 en el *Diario de Mallorca*: «Este libro servirá para estrechar más si cabe las relaciones entre nuestro prosista excepcional y la isla de Mallorca»<sup>15</sup>. Relaciones que hay que consignarlo, pasaron en estos primeros años por un lugar recurrente: la atracción literaria debía girar alrededor de Cela, quien, como reconocía Juan Bonet en 1986, «consiguió de una manera perfectamente grata, que gente desafin y distanciada se reuniera y entablara una relación de amistad, trabajando en haceres comunes»<sup>16</sup>.

Cuando se cumplían 30 años del primer número de *Papeles de Son Armadans*, Cela contestando a una entrevista del suplemento de cultura de *El Día de Baleares* decía: «Era una revista liberal, intelectual y abierta. Y mallorquina, no hay ninguna duda: nació aquí»<sup>17</sup>. En efecto, esa revista liberal, tolerante, con vocación de puente entre las voces que vivían en España y las que peregrinaban por las Américas, y con voluntad polifónica atendiendo a las culturas peninsulares, sale a la

<sup>14</sup> Juan Bonet, «Camilo José Cela», *Baleares*, (7-X-55).

<sup>15</sup> «Ocnos, Ta Diana y su flecha», *Diario de Mallorca* (9-X-1955).

<sup>16</sup> Juan Bonet, «De las conversaciones de Formentor», *El Día de Baleares* (18-IV-1986).

<sup>17</sup> «Camilo José Cela», *El Día de Baleares* (18-IV-1986).

calle en abril de 1956. El 28 de enero el periódico *Baleares*, al pie de una fotografía del escritor en la terraza del chalé de Bosque 1, anunciaba: «CJC ha decidido no abandonamos en mucho tiempo... Se ha instalado en Son Armadans y allí trabaja intensamente. Prepara una conferencia sobre Palma y una Revista que se titulará «Papeles de Son Armadans». La conferencia «Palma, cuerpo vivo. (Ensayo del planteamiento de un problema)» fue pronunciada en el Ayuntamiento de la ciudad el 15 de febrero. En ella, el escritor gallego, señalando el carácter mediterráneo y la actitud individualista —«El mallorquín, quizás por individualista, tiene un claro sentido de la universalidad»<sup>18</sup>— de la Mallorca en que vivía, postulaba el «logro de una Mallorca mejor, de una Mallorca que, sobre su clima y su paisaje, vivifique los viejos, los tradicionales veneros de su propio ser, y dignifique los nuevos, los aún no nacidos chorros de su prosperidad mediata»<sup>19</sup>.

Con entusiasmo, con energía, y con un borrador afinado seguramente en las últimas semanas del 55 y primeras del 56 cuando viaja a Madrid, Barcelona y Valencia para dictar lo que el propio escritor llamó en alguna ocasión los «sermonetes» sobre las figuras del 98, lo que me hace sospechar que la empresa de PSA forma parte de la regeneración espiritual de la que andaba necesitada la cultura española de la posguerra. CJC, cual Unamuno o Valle-Inclán, cual Azorín o Baroja en la crisis de fin de siglo XIX, irrumpe, una vez más, en el panorama cultural español con un ademán que emparenta con otros contemporáneos de Julián Marías o de José L. Aranguren, por citar sólo dos ejemplos. Valgan como emblema de lo que estoy insinuando las palabras finales de la primera parte de la conferencia que CJC dictó en «Conferencia Club» —salones del Hotel Ritz— en Barcelona el 30 de noviembre del 55 y que repitió en «Conferencia Club de Valencia» el 19 de enero de 1956 (debo recordar que fue también la conferencia que pronunció en más de una oportunidad en la estancia inglesa de finales del año 54). Cela sostiene:

«Don Ramón y don Miguel, cada uno desde su esquina, delimitan el campo de lo español, la geografía del pensamiento actual español. Quienes venimos detrás y sentimos el problema de España, desde todos sus ángulos, como algo cuya interpretación —aunque nos sea negado el ejercicio de nues-

<sup>18</sup> CJC, «Palma, cuerpo vivo», Cuatro figuras del 98 y otros retratos y figuras españoles, OC, Barcelona, Destino y Planeta-De Agostini, 1990, t. XV, p. 325.

<sup>19</sup> CJC, «Palma, cuerpo vivo», OC, t. XV, p. 329.